



CELEBRIDADES

P. Pito

P. Pito.

10 céntimos

ELIXIR RIOLA

Este maravilloso Elixir es el único y radical remedio que cura pronto y con rapidez el escorbuto, úlceras (llagas), de la boca y la piel, grietas (talls) de los pechos, hemorragia é inflamación de las encías, fortificándolas y evitando la oscilación de los dientes. Basta consumir uno ó dos frascos de este Elixir para alcanzar la completa curación.—Único depósito en Barcelona, calle Fuente San Miguel, 2, Farmacia de Carreras.—Véndese en todas las farmacias.

GRAN TALLER
de
AZOGAR LUNAS

de
Mr. GUSTAVE FOUQUET

ASALTO, NÚM 100

BARCELONA

Centro para el reparto y venta de periódicos y demás publicaciones;

DON JULIÁN RODRÍGUEZ

corresponsal de LA GUASA

Ancha San Bernardo, 27, bajo

MADRID

Manzana 19

❖ **II CERTAMEN DE «LA GUASA»!!** ❖

¡A los feos!

**CINCUENTA PESETAS DE PREMIO AL MAS FEO
DE CUANTOS REMITAN SU FOTOGRAFIA**

CONDICIONES

1.^a Esta redacción admite fotografías para el Certamen, á las que deben acompañar las iniciales del nombre y apellidos del remitente.

2.^a El plazo de admisión termina el 25 del corriente mes de Octubre.

3.^a Cuando tengamos recibidas un número de fotografías suficiente para llenar una doble página, las publicaremos en la central, para que el público pueda convencerse de la imparcialidad del fallo.

LA GUASA

SEMANARIO FESTIVO. LITERARIO É ILUSTRADO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle del Rosellón, número 80, piso 1.º, 2.ª pta.

GRACIA (BARCELONA)

Unico encargado del reparto y venta en Barcelona

Kiosko EL SOL de D. F. Gallardo, Rambla del Centro

BARCELONA

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Sr. Director de LA GUASA, Rosellón, 80, 1.ª 2.ª, Gracia [Barcelona]

D. Juan Luna Novicio

He aquí algunos datos biográficos de este celebrado pintor cuyo retrato publicamos en la portada.

«En la Escuela de Náutica de Manila, allá en 1874, recibía el título de Piloto de Altos Mares un joven de 17 años que á poco tiempo de embarcado, era conocido entre sus compañeros por *el marino atrevido*. Bien empezaba la carrera el imberbe mozo; pero ese mar que surcó durante treinta meses y ese cielo que estudió otro tanto tiempo, despertaron en el piloto, nuevo orden de ideas, con tanta fé acogidas, que á ellas sacrificó desde luego lo que todos calificaban de brillante porvenir.

¿Quién sabe!... Quizás en la imponente soledad de los mares, en alguna de esas horas en que no existe manera de evitar la nostalgia, en que se suspira por algo ignoto y el corazón pugna por salirse del pecho, como pugna el pájaro por salir de la jaula, nuestro joven se fijó con cierta insistencia en una estrella; y el viento que rizaba la superficie de las aguas, murmuró á su oído revelaciones inesperadas, palabras misteriosas, que nadie pronuncia y que, sin embargo, resuenan en el alma del predestinado.

El marino atrevido tomó tierra y tenía cerca de veinte años cuando ingresó, con ánimo de estudiar el dibujo, en la Academia de Bellas Artes de Manila. Su nueva vocación había de sufrir bien pronto una ruda prueba. De la Academia fué despedido: el director le consideró demasiado inepto ó demasiado apto, calificaciones ambas que pueden perjudicar, por lo visto, á un alumno de la escuela de Manila y de todas aquellas escuelas donde reina un criterio tan mezquino como las miras de sus directores.

Quién fué *atrevido* en el mar, no debía, en tierra, desistir fácilmente de un empeño:

D. Lorenzo Guerrero, profesor tan modesto como inteligente, admitió á Luna en su Academia India, y descubriendo en su ya grandullón alumno condiciones verdaderamente excepcionales, recabó de sus padres que le enviasen á Madrid, donde encontró en el reputado pintor D. Alejo Vera un maestro hábil y un amigo, casi un padre. No es, pues, de extrañar que cuando Vera fué trasladado á una plaza de mérito en Roma, á Roma fué con él su encariñado discípulo. Ocurría esto en 1878. Un año antes se había iniciado en los primeros rudimientos del dibujo; tres años después ganaba la segunda medalla en la Exposición madrileña de 1881, con su cuadro *la muerte de Cleopatra*. Tarde había empezado su carrera el nuevo artista, pero, cual si quisiera indemnizarse del tiempo perdido, la seguía á paso de carga. En tres años se había nivelado con los buenos pintores.

El marino atrevido es el admirado autor del *SPOILIARIUM*, D. Juan Luna y Novicio, nacido en Badoc (Ilocos Norte, Filipinas) el 23 de Octubre de 1857.»

Hasta aquí un porvenir brillante, lleno de gloria ofreciéndose al distinguido pintor filipino, mas tarde una reputación artística edificada sobre sólidas bases, le hacía ocupar elevado sitio entre nuestros pintores.

Cuando de pronto la prosa de la vida sobreponiéndose al arte, la materia dominando al genio, hunde en un arrebato, en oscuro calabozo, como un criminal vulgar, al joven y celebrado pintor de Historia.

Creyendo suficientemente enterados á nuestros lectores, por la prensa diaria, del drama conyugal desarrollado en Paris, omitimos hablar de él, pues todas las noticias resultarían trasnochadas.

El telégrafo ha dado ya la noticia del fallecimiento de la esposa de Luna. Este sigue en la cárcel de Mazas, aguardando la hora de acudir al juicio oral.

Allí ha de ser juzgado como uno de tantos asesinos, quizás sin tener en cuenta que

ELIXIR RIOLA

Este maravilloso Elixir es el único y radical remedio que cura pronto y con rapidez el escorbuto, úlceras (llagas), de la boca y la piel, grietas (talls) de los pechos, hemorragia é inflamación de las encías, fortificándolas y evitando la oscilación de los dientes. Basta consumir uno ó dos frascos de este Elixir para alcanzar la completa curación.—Único depósito en Barcelona, calle Fuente San Miguel, 2, Farmacia de Carreras.—Véndese en todas las farmacias.

GRAN TALLER
de
AZOGAR LUNAS

de
Mr. GUSTAVE FOUQUET

ASALTO, NÚM 100

BARCELONA

Centro para el reparto y venta de periódicos y demás publicaciones;

DON JULIÁN RODRÍGUEZ

corresponsal de LA GUASA

Ancha San Bernardo, 27, bajo

MADRID

Manzana 19

❖ **II CERTAMEN DE «LA GUASA»** ❖

¡A los feos!

**CINCUENTA PESETAS DE PREMIO AL MAS FEO
DE CUANTOS REMITAN SU FOTOGRAFIA**

CONDICIONES

1.^a Esta redacción admite fotografías para el Certamen, á las que deben acompañar las iniciales del nombre y apellidos del remitente.

2.^a El plazo de admisión termina el 25 del corriente mes de Octubre.

3.^a Cuando tengamos recibidas un número de fotografías suficiente para llenar una doble página, las publicaremos en la central, para que el público pueda convencerse de la imparcialidad del fallo.

LA GUASA

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle del Rosellón, número 80, piso 1.º, 2.ª pta.

GRACIA (BARCELONA)

Unico encargado del reparto y venta en Barcelona

Kiosko EL SOL de D. F. Gallardo, Rambla del Centro

BARCELONA

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Sr. Director de LA GUASA, Rosellón, 80, 1.º 2.ª, Gracia [Barcelona]

D. Juan Luna Novicio

He aquí algunos datos biográficos de este celebrado pintor cuyo retrato publicamos en la portada.

«En la Escuela de Náutica de Manila, allá en 1874, recibía el título de Piloto de Altos Mares un joven de 17 años que á poco tiempo de embarcado, era conocido entre sus compañeros por *el marino atrevido*. Bien empezaba la carrera el imberbe mozo; pero ese mar que surcó durante treinta meses y ese cielo que estudió otro tanto tiempo, despertaron en el piloto, nuevo orden de ideas, con tanta fé acogidas, que á ellas sacrificó desde luego lo que todos calificaban de brillante porvenir

¿Quién sabe!... Quizás en la imponente soledad de los mares, en alguna de esas horas en que no existe manera de evitar la nostalgia, en que se suspira por algo ignoto y el corazón pugna por salirse del pecho, como pugna el pájaro por salir de la jaula, nuestro joven se fijó con cierta insistencia en una estrella; y el viento que rizaba la superficie de las aguas, murmuró á su oído revelaciones inesperadas, palabras misteriosas, que nadie pronuncia y que, sin embargo, resuenan en el alma del predestinado.

El marino atrevido tomó tierra y tenía cerca de veinte años cuando ingresó, con ánimo de estudiar el dibujo, en la Academia de Bellas Artes de Manila. Su nueva vocación había de sufrir bien pronto una ruda prueba. De la Academia fué despedido: el director le consideró demasiado inepto ó demasiado apto, calificaciones ambas que pueden perjudicar, por lo visto, á un alumno de la escuela de Manila y de todas aquellas escuelas donde reina un criterio tan mezquino como las miras de sus directores.

Quién fué *atrevido* en el mar, no debía, en tierra, desistir fácilmente de un empeño:

D. Lorenzo Guerrero, profesor tan modesto como inteligente, admitió á Luna en su Academia India, y descubriendo en su ya grandullón alumno condiciones verdaderamente excepcionales, recabó de sus padres que le enviasen á Madrid, donde encontró en el reputado pintor D. Alejo Vera un maestro hábil y un amigo, casi un padre. No es, pues, de extrañar que cuando Vera fué trasladado á una plaza de mérito en Roma, á Roma fué con él su encariñado discípulo. Ocurrió esto en 1878. Un año antes se había iniciado en los primeros rudimientos del dibujo; tres años después ganaba la segunda medalla en la Exposición madrileña de 1881, con su cuadro *la muerte de Cleopatra*. Tarde había empezado su carrera el nuevo artista, pero, cual si quisiera indemnizarse del tiempo perdido, la seguía á paso de carga. En tres años se había nivelado con los buenos pintores.

El marino atrevido es el admirado autor del *SPOILIARIUM*, D. Juan Luna y Novicio, nacido en Badoc (Ilocos Norte, Filipinas) el 23 de Octubre de 1857.»

Hasta aquí un porvenir brillante, lleno de gloria ofrecióse al distinguido pintor filipino, mas tarde una reputación artística edificada sobre sólidas bases, le hacía ocupar elevado sitio entre nuestros pintores.

Cuando de pronto la prosa de la vida sobreponiéndose al arte, la materia dominando al genio, hunde en un arrebato, en oscuro calabozo, como un criminal vulgar, al joven y celebrado pintor de Historia.

Creyendo suficientemente enterados á nuestros lectores, por la prensa diaria, del drama conyugal desarrollado en París, omitimos hablar de él, pues todas las noticias resultarían trasnochadas.

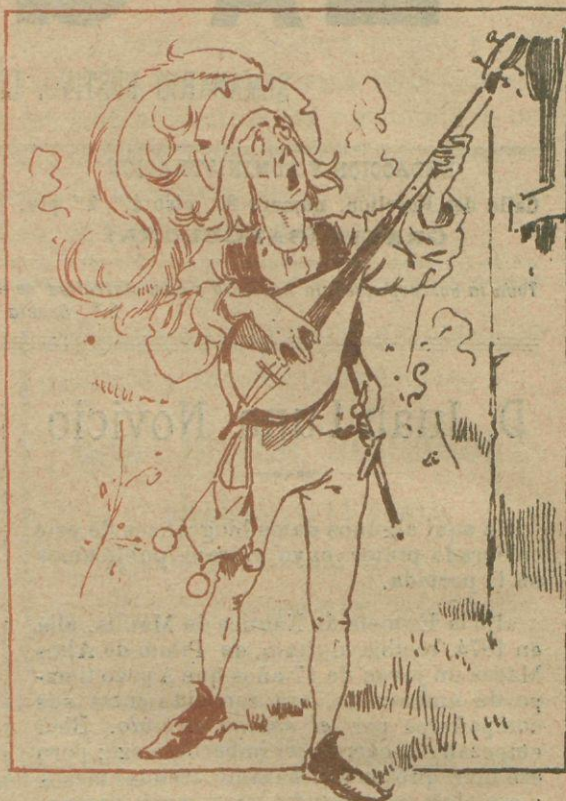
El telégrafo ha dado ya la noticia del fallecimiento de la esposa de Luna. Este sigue en la cárcel de Mazas, aguardando la hora de acudir al juicio oral.

Allí ha de ser juzgado como uno de tantos asesinos, quizás sin tener en cuenta que

LA GUASA.
ARMONIAS AMOROSAS, *por Cilla.*



En la antigua Grecia.



En la edad media.



La jente curra de hoy.



Los gomosos de siempre.



—¿Te acuerdas de nuestras tretas?
 ¡Qué algazaras, qué conquistas!...
 Siempre tras de las modistas...
 —¡(Hombre, no me comprometas!)



Dos anarquistas que quieren
 la faz del mundo cambiar,
 porque buscan el problema
 de comer sin trabajar.

M. Gonzalez

el hombre que con tanta delicadeza y gusto trata el arte, mal puede premeditar un crimen.

Un artista como Luna, sólo puede convertirse en vengador, nunca en asesino.

Y ahora dispensen nuestros lectores en obsequio al desgraciado pintor, esta nota triste, impropia de un semanario festivo.

Lo que puede la afición!



IRA, ponte la mantilla, que nos vamos á los toros.

—Lo que quieras, Apolonio.

—Sí, quiero que veas lo que es esa diversión. Nunca has asistido á ella y siempre me has estado llenando de improperios por la misera circunstancia de ser yo muy torero.

—Lo que quieras, Apolonio.

—Tomaremos un coche de plaza. Aquí tengo las entradas. Vamos á tendido.

—¿Y qué es eso? ¡Yo nunca he estado en la plaza!

—No vayas á figurarte que estar en tendido es estar tendido y que vayamos á pasar las horas tripa al aire. Vamos á tendido, que es un asiento muy cómodo para todas las partes del cuerpo, menos para la parte de la rabadilla del individuo.

—Ya te entiendo.

—Allí se está mejor, y sobre todo, es más económico. Trabajan Mazzantini y el Guerrita, que son dos barbianes de la Persia y del Indostán.

—Pero qué ¿han nacido allí?

—No; han nacido en otra parte. Les llamamos barbianes de la Persia para no llamarles *barbis* de la Macarena. Son dos primeros espadas, hija mía, que te dan un mete y saca en la punta de un alfiler.

—Lo que quieras, Apolonio.

—No me marees con tanto «lo que quieras.» Cógete del brazo y vamos á la plaza.

Y Apolonio y María se fueron á los toros.

El gentío era inmenso, así es que nuestro matrimonio pasó las de Caín para encontrar puesto.

La pobre María andaba entre los brazos de los espectadores, enseñando el pié y sus arrabales, y no cesando de gritar ¡Apolonio! ¡Apolonio!

Por fin se sentaron ó los sentamos, quedando como miseras sardinas en el barril.

—¡Hazte un poco para allá, hijita!

—Lo que quieras Apolonio, pero no puedo. Este señor flaco me está metiendo sus huesos por la cadera.

El flaco.—Pues no venir á la plaza, prenda.

Apolonio.—Oiga usted, so esgalichao ¿es mi señora una capa para que usted la llama prenda?

El flaco.—Si no fuera porque...

Apolonio.—¿Qué, tío sardina?

—¡Silencio!—gritaban unos.

—¡Bronca!—vociferaban otros.

María.—¡Por Dios, Apolonio!

En esto roncó la charanga, aparecieron las cuadrillas, y Apolonio, María y el flaco se tranquilizaron.

María estaba entusiasmada. Aquellos gritos, aquella multitud, aquella charanga, aquellos toreros que relucían al sol como brillantes, todo, todo la cautivaba.

Suenan los clarines y salta á la arena un toro.

—¡Ay! gritó María sin poderse contener.

—¡Callate, estúpida!—le dijo su marido.

La pobre mujer temblaba como la hoja de un árbol mientras el bruto de su esposo gritaba puesto de pié, en alta voz, como si fuese un mal revistero de toros: ¡Berrendo en negro, botinero, astillado del izquierdo, de libras, boyante, bien criado!

El Flaco.—El que es muy mal criado es usted, que se levanta y no deja ver á la gente.

Apolonio.—¡Que te calles, inglés!

El Flaco.—¡Oiga usted, impertinente, el inglés lo será usted y toda su familia!

María.—¡Por Dios, Apolonio!

La circunstancia de ir á tomar la primera vara el bicho hizo enmudecer á todo el mundo.

La pobre María fijó sus espantados ojos en el redondel, y cuando vió á la brava res arremeter con todo su empuje el caballo y abrirle en canal echándole fuera los intestinos, ella, la infeliz que no estaba acostumbrada á ver semejante carnicería, dió un grito de horror y cayó víctima de un espantoso ataque de nervios.

La gente se arremolinó al rededor de ella, y Apolonio trató de hacerla volver en sí, sin dejar de mirar lo que pasaba en el redondel.

María daba unas sacudidas tremendas y echaba espumarajos por la boca. No cesando su estado crítico, entre varios acomodadores la llevaron primero á la enfermería, y luego en un coche á su casa.

¿Acompañada de Apolonio?—preguntarán ustedes.

No, señor; este cafre se había quedado en el tendido pidiendo la cárcel y el patíbulo para un picador que había rajado un toro.

¿Verdad que á esto, más que afición, se puede llamar brutalidad?

DANIEL ORTIZ.

La gran desgracia

Culpa mía no fué; yo era más fuerte,
mucho más fuerte que *él* y *él* lo sabía;
mas por mostrar su arrojo y valentía
quiso atacarme y encontró la muerte...

Era una noche; mi fatal estrella
guióme al aposento de mi esposa;...
ella le sonreía cariñosa
y *él* reposaba en el regazo de ella...

Entré de pronto y acerquéme quedo
para besar de mi mujer la frente;
pero *él* abalanzóse de repente
y, juró la verdad, le tuve miedo.

Hice por separarle esfuerzos vanos...
mordióme con furor... solté una queja,
y empecé á borbotar sangre bermeja

de las heridas que causó en mis manos...

Después quería huir como un cobarde,
mas le maté con rabia vengadora.

«No le mates» gritaba mi señora,
y corrió á socorrerle... ¡ya era tarde!

Culpa mía no fué; mi esposa, ¡nécia!
en vez de maldecir aquellos dientes
que me hirieron, con frases insolentes
todavía me insulta y me desprecia;
y desde aquella escena aterradora
que aún mi esposa derrama triste llanto...
y eso que el muerto por quien llora tanto...
¡fué un gato que tenía mi señora!

ANTONIO SERRA.

El canto de la montaña.

Páginas de mi cartera.

El día era más corto de lo que yo me figuraba, y cuando traté del regreso no pude contener un grito de sorpresa. La noche había cerrado completamente y mientras en el horizonte se apagaban los últimos resplandores del crepúsculo, sobre mi cabeza empezaban cien mil estrellas á borrar el espacio con sus corrientes de luz. Esto me sorprendió algo, pero en nada me contrariaba; un paseo por la montaña, á la claridad de la reina de la noche que se mecía blandamente en la inmensidad, no podía menos de venir á mí revestido de cierto carácter poético que arrobaba mi imaginación. Cerré, pues, mi libro, dirigí una última mirada al magnífico paisaje que poco antes me rodeaba, y asiendo mi bastón empecé á subir lentamente en busca de mi alojamiento.

La noche no podía ser más serena, la hora no podía prestarse más á las ficciones de mi imaginación calenturienta. Los montes aparecían á mis ojos como gigantes dormidos, envueltos en sus flotantes capas de bruma; los luceros sembrados en la extensión, me parecían ecos inmensos de otros mundos, sonos, cadencias de un himno desconocido que mis pobres oídos de la tierra no alcanzaban á percibir, pero que sentía mi alma empapándose en aquella poesía; uniéndose en aquellas sombras para escuchar atentamente la vibración del aire que repite la queja lejana de las olas y el leve gemido de las brisas; que confunde el ¡ay! de las hojas que chocan estremecidas en el árbol con el ruido que produce la flor que cierra su nevado broche y duerme el sueño de las plan-

tas, ese sueño tan misterioso cuyo despertar provoca el sol con sus torrentes de luz y la alondra con sus torrentes de armonía. Todo recibía forma en mi sér y todas las creaciones de mi espíritu llenaban la extensión. ¿Qué hay de santo, de inexplicable en esas primeras horas de la noche en que el alma parece desprenderse de los lazos de la materia y volar á regiones ignotas en busca de otro ambiente, de otra luz? ¿Por qué en el misterio de ellas inunda el corazón una vaga melancolía y la campana que suena en el valle modulando su son eterno, el canto monótono de esos millares de animalillos que se columpian en las ramas de los pequeños arbustos, el murmullo cansado de las fuentes y los arroyos despiertan en nosotros una existencia de recuerdos? ¿Por qué, entonces, si somos desgraciados las lágrimas se agolpan á nuestros ojos para llorar nuestra desgracia, y si, por el contrario, somos felices se desbordan para que no nos mate un exceso de felicidad?

Yo, en mi ignorancia, no podré contestaros á estas preguntas. Hay en las causas desconocidas que nos rigen muchos problemas insolubles; á veces reimos sin darnos cuenta de nuestra risa y lloramos sin saber el por qué de nuestras lágrimas; hay momentos en que el alma necesita cierta expansión; en que el hombre desea sentarse solo en medio del campo y dar rienda suelta á sus pensamientos, problemas terribles preñados de dudas...

Traté de desprenderme de aquellas influencias, de desechar aquellos misteriosos deseos que amenazaban tenerme en la montaña toda la noche, absorto en la contemplación de lo infinito, y arrancándome á mis extrañas ideas por un gran esfuerzo de mi voluntad, seguí caminando lentamente por las tortuosas sendas que me hacía subir mi



EN LAS CARRERAS

(Cuadro de Garrido.)

antojo. Cualquier sencillo aldeano que en aquel instante me hubiera visto desde el pie de la montaña, hubiérame tomado, sin trabajo ninguno, por el misterioso personaje de algunas de sus supersticiosas tradiciones al verme poco antes con la vista vaga en el vacío, inmóvil, como petrificado, y ahora caminando, apoyado en un nudoso bastón, con un libro bajo el brazo y los ojos clavados en tierra, solo y sin pronunciar una palabra, rodeado del silencio y de las sombras de la noche. ¿Quién sabe los cuentos que hubiese inventado la ignorante credulidad de los aldeanos! Unos me hubiesen tomado por un alma errante que venía á llorar sobre alguna tumba escondida y junto á un lugar de penitencia; otros por algún genio benéfico protector, que venía á la montaña á derramar sobre él sueños felices.

De pronto vino á sacarme de mi arrobamiento un suceso extraño que estaba muy lejos de esperar. Una voz encantadora, fresca, turbaba el silencio nocturno, preludiando un canto de tristeza. Detuve mis pasos un instante y presté oído atento á aquella voz inesperada.

El canto que llegaba hasta mí, modulado por una voz de mujer, expresado en la valiente lengua euskara, era un pequeño trozo de ópera, era el verdadero canto de la montaña. No sé si la impresión que en mí hizo, se debería á la hora y al lugar y á la disposición de mí ser para escucharle; pero entonces me causó una sensación profunda. Más tarde he sabido su nombre; era un zortzico; era el canto popular de las provincias vascongadas. Empezó lentamente con una cadencia armoniosa; tan triste que se me saltaban las lágrimas sin comprender lo que decía; conforme iba creciendo, desarrollándose, sorprendía en él verdaderos tesoros de ternura infinita; melodías sin fin; todo un poema de amor; la poesía y la música confundíendose en un beso y volando unidas á las regiones inmensas de lo desconocido. Según luego supe, el que oía en aquel

momento era la despedida de un jefe carlista á su madre, al marchar expatriado á reunirse á la facción. La letra es muy sencilla, y si mal no recuerdo, se reduce á decir: «Adios, madre mía; volveré pronto; Dios quiera que te torne á ver.»

Tal es la traducción de la letra; pero ¿quién será capaz de traducir la cadencia de sonidos, el concierto de notas sublimes que, como un río caudaloso, manaba de los labios de aquella mujer que se me aparecía como un ángel, entonando á mi lado melodías celestes? ¿Quién podrá explicar los sentimientos que en mi alma batallaban al escucharle? Había en aquel adiós un amor tan intenso, una ternura que no puedo explicar. Era el beso de un hijo á su madre, un beso que podía ser el último; era un sollozo exhalado al partir, escapado á la voluntad, y, al mismo tiempo, se veía en él la satisfacción de un deber cumplido; un suspiro dado al aire; un voto hecho desde lo íntimo del corazón; un deseo que no atrevía á determinarse. Tal es ese zortzico escrito en el lenguaje de las montañas, rudo como las gentes que lo hablan, y sin embargo, dulce como sus sentimientos, melancólico como todos los paisajes montañosos. El autor lloraría al escribirle y yo también lloré al escucharle. En tales circunstancias, aquel canto que llegaba hasta mí en alas del viento embalsamado con el perfume de las flores, me paraba un recuerdo de mi país, un suspiro de los seres que me aman. Sin poderme contener me dejé caer de rodillas sobre el césped y oculté la frente entre mis manos. El canto seguía, seguía siempre, alejándose como se aleja el eco de una voz querida, debilitándose lentamente hasta que al fin se perdió á lo lejos, terminando en una nota prolongada que parecía un último sollozo, un ¡ay! postrero de agonía. Había concluido, y aun continuaba yo en la misma posición queriendo sorprender en el espacio sus cadenciosas armonías.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE.

¢antares trascendentales

En el valle, una mañana,
cogiendo flores te ví
y... yo seguí mi camino
y tú te quedaste allí.

¿Oyes como las olas
baten la peña
y se encrespan y rugen
y al fin se quiebran?
¿No oyes, hermosa?
(¡Pero cómo ha de oírlo,
si está tan sorda...!)

Por tu puerta pasé un día;

te ví sola; me acerqué
y después... Te lo aseguro.
No pasó nada después.

Los perros buscan la sombra,
las flores buscan el sol,
y yo busco una peseta
que anteayer se me perdió.

Tan honda la dicha estaba
que, cuando á cogerla fui,
tanto me incliné, muchacha,
que dí un traspié y me caí.

F. O. VILLEJOS.

LA GUASA

En la taberna

(Diálogo)

—Nunca me olvidaré de la otra noche.
¿Te acuerdas qué jindama? Rosalía.
Yo, contigo, metido en aquel coche,
y el bruto del Tacones, que seguía
tus güellas y mis güellas por el valle,
armado de revolver y de tranca.
¡No digas, Rosalía, que me calle!
Tu *anca*, se rozaba con mi *anca*.
—No evoques esas cosas, Masimino,
que me pongo *chiscá* y *mú* nerviosa;
corre para mi vera el jarro é vino
y venga salchichón á cualquier cosa.
—Ni aunque un *divél*, serrana, se opusiere
has de vivir con *manque*, en armonía;
pues si dice el Tacones, que te quiere,
de fijo le revienta cualquier día.
—Oye, tú: que el Tacones, *má querto*
y no porque esté ausente de nosotros
he de negar que fuera mi *marto*.
—¡Vál, tontunas. También lo fueron otros.
—Pero nadie de mí *tié* que hablar *ná*.
—Es *verdáz*, Rosalía. Tú eres guapa,

limpia, trabajadora y muy *honrá*,
y si te vas que te *benízca* el Papa,
esenta quedarás de pecadillos
que al Tacones, echabas á menado,
cuando eras vendedora de palillos,
con ese á quien apodan el *Picudo*.
—Bien. ¿Y qué te propones con *tó* eso?
¡Ya me tienes *cargá* en abundancia!
—Pues, chica, que me des siquiera nn beso.
¡Has dado tantos al Chaval y al Francia!
—¿Y *pá* eso me robas de mi casa?
¿Y *pá* esto me *trais* á estos lugares?
¡Jesucristo! ¿Qué tipo! ¡*Juá*, qué guasa!
Chico, yo, no te beso aunque te *achaves*.
—¿Por qué?, chiquilla; ¿caso soy tan feo,
que horror te cause á que te cause lacha?
—No; ¡barbián de mi alma! Es que no veo.
—¿Pues, cómo es eso?
—Porque estoy borracha.

ESTANISLAO MAESTRE.

Mata-fantasmas



o no diré que Gumersindo, fuera
un chico muy listo, pero algunos
he conocido yo, á quien Gumers-
sindo hubiera dado ciento y raya.

Mi paisano tenía un *aquel*,
especialmente para con las muje-
res. Era lo que se llama un se-
ductor, con una suerte que rayaba en es-
candalosa. No se le podía resistir, y podría
decirse con el poeta aquello de:

Desde la princesa real
A la hija de un pescador.
Ha recorrido mi amor
Toda la escala social

Y en efecto, sino princesas reales, desde
la doncella de casa grande á la humilde
atropella-platos no había quedado, hija de
Eva, libre de los amorosos disparos de Gu-
mersindo, y la verdad era que el muchacho
se lo merecía, no los disparos, sino la suer-
te que tenía con las mujeres, porque como
guapo; y como tunante y picotero! me río
yo de quien quiera aventajarle! pero como
no siempre había de tener á la diosa Fortu-
na amarrada al carro de sus triunfos, héte
aquí, que el carro vuelca un día, y Gu-
mersindo fué á estrellarse no contra el
duro suelo, sino contra el garrote del tío Co-
liflores, el hortelano, y sino mienten las cró-

nicas, el caso fué como sigue.

Tenía el tío Coliflores, una hija que era
un portento de hermosura como no había
otra, ni en Villapepinos ni en diez leguas á
la redonda.

Pues señor, verla mi amigo Gumersindo
y enamorarse de ella como un becerro, fué
todo uno, y prendarse la muchacha de la
gentil figura de Gumersindo, fué también
obra de un momento, pero saberlo el tío
Coliflores y tomar no el cielo con las manos,
sino una vara de fresno que tenía reservada
para los casos de honra, no fué más pronto
pensado que puesto en obra, porque á bru-
to, como el decía, no había quien le ganara
en el pueblo, ni siquiera el tío Tripagorda
alcalde constitucional de Villapepinos.

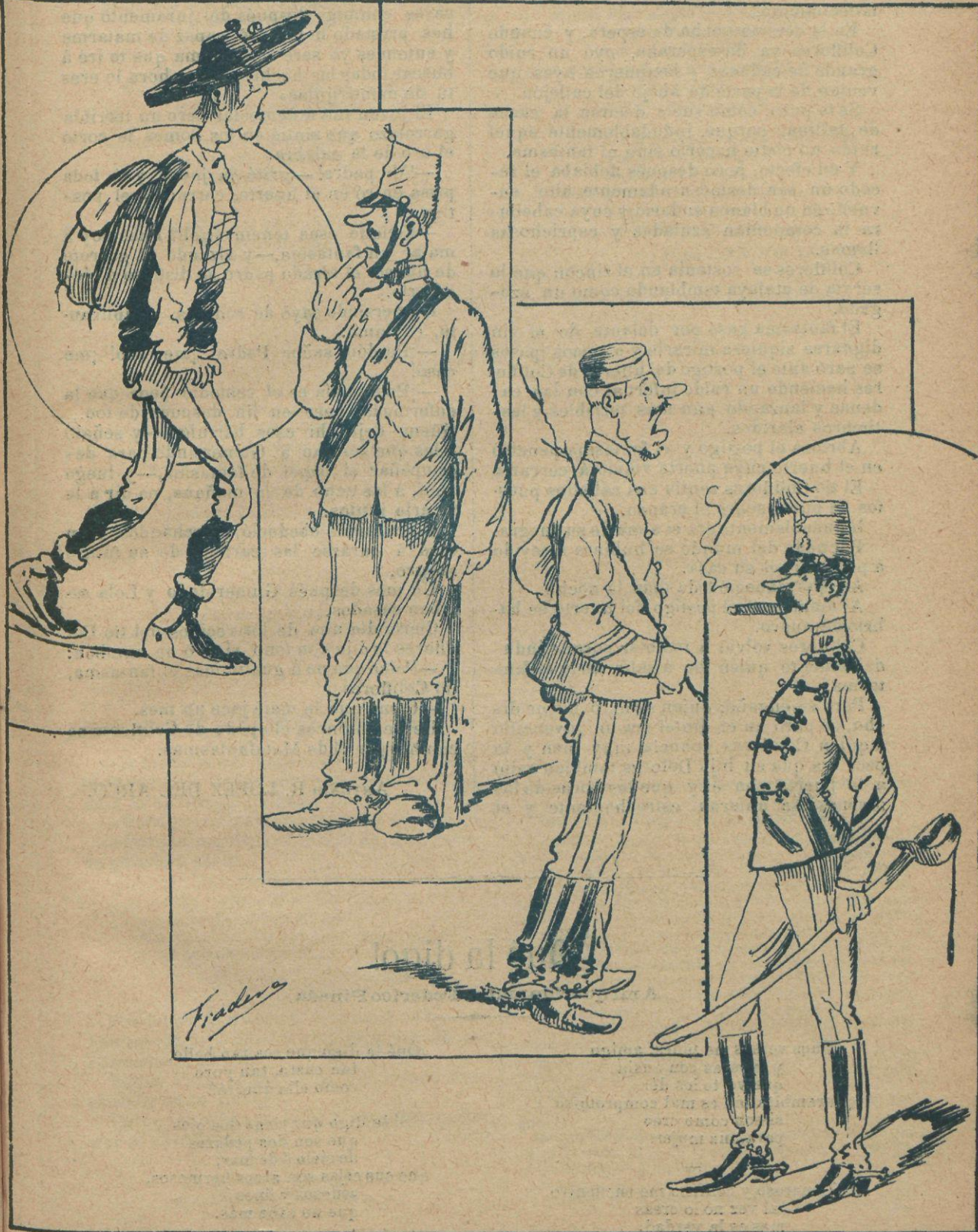
Pero el caso es que llevaba ocho días,
acechando al terrible D Juan, y éste no se
había dejado ver. En cambio el tío Coliflo-
res, no dejaba de pasar todas las noches en
su apostadero de la calleja, tras las tapias
del huerto, con algo y aún algo de miedo;
porque había corrido la voz en el pueblo de
que todas las noches aparecía un fantas-
ma horroroso, que daba unos terribles ala-
ridos capaces de ponerle los pelos de punta,
al hombre más bien templado del orbe ca-
tólico ó por *catolizar*, y el tío Coliflores, con
las almas del otro mundo no quería nada,
máxime con aquella, que cuando se pasea-
ba próximo á su casa, según decía, debía
de ser la de su suegra de quien él no esta-

LA GUASA
OTOÑO, por Figuer



—¿No notas, primo, que airecillo más fresco?
—Hija, te equivocas. Quizá es por este airecillo que
vo estoy ardiendo.

LA GUASA
METAMÓRFOSIS MILITAR, por Fradera.



ba muy seguro de si moriria á consecuen-
cia de una cox, con que él la obsequió, po-
cos dias antes de ocurrir su lamentable
fallecimiento,

En la décima noche de espera, y cuando
Coliflores ya desesperaba, oyó un ruido
grande de cadenas y lastimeros ayes que
venian de la parte de abajo del callejón.

Se le puso, como suele decirse la carne
de gallina, porque indudablemente aquel
ruido no podia hacerlo sino el fantasma.

Y en efecto, poco después doblaba el re-
codo un ser desmesuradamente alto, en-
vuelto en un blanco sudario y cuya cabelle-
ra la componian azuladas y caprichosas
llamas.

Coliflores se sostenia en el rincon que le
servia de atalaya temblando como un azo-
gado.

El fantasma pasó por delante de él sin
dignarse siquiera mirarle y á pocos pasos
se paró ante el postigo del huerto de Coliflo-
res haciendo un ruido infernal con las ca-
denas y lanzando aún mas terribles y las-
timeros alaridos.

Abrióse el postigo y el fantasma penetró
en el huerto cuya puerta volvió á cerrarse

El tio Coliflores sentia sus cabellos pue-
stos de punta sobre el cráneo.

Indudablemente era el alma de su suegra.
Por nada del mundo se hubiera atrevido
á penetrar en su casa.

Allí permaneció toda toda la noche.
Al amanecer, el postigo del huerto se ha-
brió de nuevo.

Coliflores volvió á temblar porque indu-
dablemente quien iba á salir seria el fan-
tasma.

Pero se engañó; quien salió, ó mejor di-
cho, se paró en el dintel era un jovencillo
á quien Coliflores conocía muy bien y lo
peor era que su hija Dolores tambien salió
á la puerta con él y que las bocas de los
jóvenes se unieron estrechamente y el

chasquido de un fuerte beso retumbó en el
callejón. Luego la chica entre risueña y
llorosa dijo al galán: «Gumersindo si no te
casas conmigo después del juramento que
has prestado hoy, seré capaz de matarme
y entonces yo seré el fantasma que te irá á
buscar todas las noches como ahora lo eres
tú de mentirijillas»

El jóven fué á contestar pero un terrible
garrotazo que sintió en los lomos le cortó
el uso de la palabra.

—¡Mi padre! —gritó la joven y á toda
prisa entró en el huerto, cerrando el pos-
tigo.

—Conque esas tenemos ¿eh? Pues voy á
matar un fantasma,—y alzando el garrote
de nuevo el airado padre se dispuso á eje-
cutarlo.

Gumersindo cayó de rodillas, y suplican-
te, exclamó:

—¡Perdón señor Pedro! ¡me caso! ¡me
caso!

—¡Pus toavía es el remedio peor que la
enfermedad! pero en fin después de too...
Güeno deja ahí esos bártulos,—y señaló
á los que servian á Gumersindo para de-
sempeñar el papel de fantasma,—y luego
aquí, á las ocho de la mañana, pa dir á la
vicaría juntos.

Gumersindo obedeció, marchándose á su
casa á curarse las caricias de su futuro
suegro.

Un mes después Gumersindo y Lola es-
taban casados.

Cierto día uno de los vecinos del tio Co-
liflores le dijo con tono si es ó no zumbón:

—Paice que no á guelto más el fantasma,
tio Coliflores.

—Como que le maté jace un mes.

Desde entonces el apodo de Coliflores se
cambió por el de Matafantasmas.

ANTONIO R. LOPEZ DEL ARCO.

¡Qué la digo!

A mi querido amigo Federico Pineda

Unos versos me pides, amigo,
y esperas con ansia
que yo te los dé;
¡Carambital no es mal compromiso
si son como creo
para una mujer.

Temeroso y confuso me encuentro,
tal vez no lo creas
mas es la verdad.

¿Qué la digo que sea tan bello
tan casto, tan puro
como ella querrá?

Si la digo que tiene dos ojos
que son dos pedazos
de cielo ó de mar;
que sus cejas son arcos hermosos,
sedosos y finos
que no cabe más.

LA GUASA

Que sufrante espaciosa de nácar
cubierta de rizos
de negro color
se parece á la luna plateada
que asoma su rostro
tras un nubarrón.

Que en sus frescas y bellas mejillas
teñidas de una rosa
que nadie pintó
al sonreírse como una loquilla
se forman dos hoyos,
dos nidos de amor.

Que al salir por su linda boquita
la voz armoniosa,
con leve rumor,

se parece á la tierna avecilla
que lanza á los aires
endechas de amor.

Que si fija en mis ojos sus ojos,
la sangre en mis venas
comienza á bullir
y si digo también que la adoro...
¡De fijo, de fijo
que se hecha á reír!

¿Qué la digo yo entonces? Pues creo
que si esto la digo
de mí se reirá
y antes que ella se ría, prefiero...
Prefiero callarme...
callarme y en paz!

José FANDOS LÓPEZ.

Cantares

No eres tú la más bonita
de las niñas que conozco
pues aún encuentro más bellas
á las niñas de tus ojos.

Cuando suspira mi niña
por cojer tus suspirillos
tienen los ángeles riña.

Que la cara espejo sea
del alma, yo no lo creo,
pues la serranilla aquella

no tenía el rostro negro.

Comparo con las olas
las ilusiones
tan pronto como crecen
se descomponen.

En quererte tardaré
igual tiempo que un cesante
en engullirse un bisté.

José DOZ DE LA ROSA.

INFUNDIOS

—A mí no me la pegan; decía el otro día
un forastero, viendo una calle adornada.—
Esto lo ha dirigido alguna lavandera.

—Pero... ¿por qué?—le preguntó un vecino.
—Porque me hace el efecto de una cola-
da puesta á secar.

—Me mato, —dice don Pío, —
me echo de cabeza al mar...
Mas no, que hace mucho frío
y me puedo constipar.

JUAN MANUBENS VIDAL.

Por fin en la estación de Sarriá se ha le-
vantado la prohibición para la venta de se-
manarios festivos.

Verán Vdes. como ahora hay menos des-
gracias en la línea.

Porque muchas de ellas eran ocasionadas
por el aburrimiento.

Tú me dices que te olvide
pero olvidarte no puedo,

que pensando en tí yo vivo
y si en tí no pienso muero.

ADRIAN ESPALLARGAS.

CORRESPONDENCIA

T. de M. — También lo de esta semana resulta flojo.
¿Y si emplease V. otro metro en sus composiciones?

El Andalus. — Madrid. — Vd., y gracias por su envío.

Moreno. — Barcelona. — Hombre, me alegro de que se
haya V. ofendido por decirle que los cantares no son
de V. Así nos ahorraremos algunas latas: yo leyendo
sus originales, y V. mis correspondencias.

D. P. — Madrid. — Me dice el director artístico que si
gastase V. tinta Le Mercier, plumas Mitchel y papel Pa-
ture publicaría con gusto sus dibujos. El de ahora re-
sultaría, en la piedra, con perfiles sumamente gruesos.

E. Ll. — Madrid. — No he recibido su revista.

A. N. K. — No sé dónde. — Lo verá el director artístico
y si puede ir, irá.

El Lego. — Barcelona. — Procure V. que no sean tan
serias y circunscritas á un solo punto y las publicaré
con gusto.

J. S. M. — Madrid. — Contesto por carta al Sr. Rodrí-
guez.

He recibido unos cantares jitanos cuya firma se me
ha extraviado. Si su autor tiene la bondad de remitir-
mela de nuevo, publicaré algunos.

Imp. de P. Ortega, Aribau, 13.

LA GUASA
TEATRO MODERNO, *por Mecuchis.*



LOS INÚTILES

LA GUASA

PERIODICO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

en el que colaboran

NUESTROS MEJORES ESCRITORES

Y DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

2 PESETAS TRIMESTRE

Número suelto, 10 céntimos

Número atrasado, 20 céntimos

REDACCION y ADMINISTRACION: Rosellón, 80, 1.º, 2.ª,
(Gracia) Barcelona, (donde se dirigirá toda la correspondencia).

Único encargado de la venta en Barcelona D. Francisco Gallardo, Kiosko EL SOL, Rambla del Centro.